EL *ECLESIASTÉS* EN LA OBRA POÉTICA DE ANTONIO MACHADO

POR

YVONNE DAVID-PEYRE

En la lectura atenta de diferentes estudios de la obra poética de Antonio Machado a menudo hemos encontrado referencias al *Antiguo Testamento,* pero, según nuestra opinión, ninguna de las obras consagradas a la filosofía o a la ética del poeta ha reservado un capítulo especial a la influencia del *Eclesiastés* en la visión poética del autor. Sin embargo, la lectura cuidadosa de las *Poesías completas* nos ha permitido recoger un gran número de citas que dan fe no sólo del conocimiento del libro del *Génesis* y del de los *Proverbios,* sino incluso de una meditación profunda de este último libro del *Antiguo Testamento* (1).

Nadie podrá dudar de que Machado tuvo un conocimiento más que superficial de la Biblia. Él mismo, en el prefacio de sus obras, escribe:

> Mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron; mis romances miran a lo elemental humano, al campo de Castilla y al libro I de Moisés, llamado *Génesis* (2).

Limitando su profesión de fe al *Génesis,* el poeta podía inducirnos a error, satisfechos como estábamos de encontrar su influencia en los poemas en los que evoca la rudeza castellana y la codicia de los habitantes; el tema de Caín estaba suficientemente tocado por Machado, así como por Unamuno, para eclipsar otras reminiscencias de un interés tan grande. Pero en una carta dirigida a Unamuno desde Baeza en 1918 (3), Machado amplía el campo de sus meditaciones bíblicas, aunque parte todavía de la evocación de Caín. Subraya la importancia capital de los libros precristianos, capaces de mostrar la urgencia de la palabra de Cristo, como respuesta a las contradicciones aparentes de los libros de la Sabiduría. La carta, escrita para felicitar a Unamuno a propósito de su novela *Abel Sánchez,* al mismo tiempo que des-

(1) *Poesías completas,* Espasa-Calpe, 6.ª ed., 1946. Citaremos según esta edición. Las referencias precisas al *Eclesiastés* se encuentran en las pp. 30, 96, 188, 211, 217, 224, 243.

(2) *Poesías completas,* Madrid, 1917, «Prólogo».

(3) Citado por MANUEL GARCÍA BLANCO: *En torno a Unamuno,* Madrid, 1965, pp. 253-258.

arrolla el tema tan entrañable a los dos escritores, deja ver el interés espiritual que Machado concede a la meditación del *Antiguo Testamento.*

A lo largo de una recopilación desgarrada por los gritos de angustia, las súplicas, las preguntas dirigidas a Dios, ese Dios difícil de alcanzar, pero tan presente a pesar de la incertidumbre de la búsqueda, el poeta, a través de una metáfora, de una parábola, de un estilo lapidario y despojado de algunas estrofas, recrea de forma sorprendente la atmósfera bíblica de dos libros que se completan y se siguen: el de los *Proverbios* y el *Eclesiastés.* Nada tiene de imposible que los *Proverbios y Cantares* quieran traducir la sabiduría popular y punzante del libro sapiencial inspirándose en él, aunque no hayamos encontrado correlaciones suficientes para poder afirmar que los *Proverbios* de Antonio Machado fuesen su reflejo. Cierta semejanza en las formas sentenciosas, en el estilo y en el empleo de las metáforas puede probar por lo menos que el poeta quería subrayar todo lo que aproximaba la tierra de Castilla a la tierra bíblica y hasta qué punto esa sabiduría de los antiguos conservaba todo su sabor y toda su actualidad.

Lo que más nos ha chocado es el paralelismo entre dos pensamientos: el de Qoheleth y el de Antonio Machado, siendo precisamente esto lo que intentaremos analizar.

Este libro, conocido sobre todo por el célebre versículo «Vanidad de vanidades...», es uno de los más cortos del *Antiguo Testamento.* A menudo atribuido a Salomón por la cordura desengañada que se desprende de él (4) y que merecía despertar la curiosidad del poeta y servirle al mismo tiempo de trampolín hacia el hombre y hacia la tierra, hacia el más allá y hacia ese *Inseit,* gracias a lo cual reconstruía sus *Galerías,* hechas de recuerdo, de presente y de ese «todavía» cargado de esperanza que tan a menudo aparece en sus poemas. Encontraba en ello, condensada en unos capítulos, la visión ruda y áspera de su propia tierra de elección, la envidia y la codicia de esos hombres aferrados a esa tierra, contra viento y marea; el Dios fuerte y celoso que lo mismo castiga que recompensa, despiadado o compasivo, en un juego de sombras y luces que proporcionan a las planicies de Castilla un relieve sorprendente.

Que hubiesen sido escritas por Qoheleth o por un discípulo, por un *hakam* o un *hasid* (5), las diferentes partes del *Eclesiastés* ofrecían

---

(4) Cf. A. M. Dubarle, O. P.: *Les Sages d'Israël,* París, 1946, pp. 95-100. Qoheleth es el nombre con que se designa al Sabio que escribió el *Eclesiastés* (o Predicador).

(5) *Ibíd.* Significan dichos nombres hebreos: el *hombre sabio* y el *hombre pío.*

también una diversidad de estilo que sin duda alguna agradaba a Machado. Ya no es la monotonía deseada del *Génesis* que acentúa, por sus repeticiones, la perspectiva infinita de las generaciones en marcha hacia la revelación cristiana; la prosa ritmada, el estilo condensado de los proverbios y de las sentencias del capítulo VII, ofrecen un compendio de las posibilidades presentadas a los poetas en busca de simplicidad y dispuestos a abandonar, como el rico de la parábola, la túnica chillona y las vestiduras suntuosas que éste había revestido. Pero lo más sorprendente es la afinidad de dos espíritus que han meditado sobre temas comunes. Hasta dónde podía llegar esta afinidad, en qué momento de la trasposición poética se erige la barrera que separa la desesperación del creyente de la angustia del no creyente, esto es lo que vamos a intentar comprender.

Entre los temas más conocidos aparece el de Caín y Abel. Antonio Machado, ya lo hemos indicado, hace mención al *Génesis,* pero al leer los versos siguientes pensamos más bien en el *Eclesiastés:*

Mucha sangre de Caín
tiene la gente labriega
y en el hogar campesino
armó la envidia pelea.
Casáronse *los mayores;*
tuvo Alvargonzález nueras,
que le trajeron cizaña,
antes que nietos *le dieran.*
La codicia de los campos
ve, tras la muerte, la herencia;
no goza de lo que tiene
por ansia de lo que espera (6).

«He visto —dice Qoheleth— que todo trabajo y toda excelencia de obras despierta la envidia del hombre contra su prójimo (7). También ésta es vanidad y aflicción de espíritu» *(Ec.,* 4-4), o todavía «Asimismo aborrecí todo mi trabajo que había hecho debajo del sol, el cual tendré que dejar a otro que vendrá después de mí. ¿Y, quién sabe si será sabio o necio el que se enseñoreará de todo mi trabajo en que yo me afané y me ocupé debajo del sol?» *(Ec.,* 2, 18-19), y en fin, «no goza de lo que tiene» (8), dice Machado, mientras que Qoheleth escribe: «Todo el trabajo del hombre es para su boca y con todo eso su deseo no se sacia» *(Ec.,* 6-7). Esas miradas que ya no ven:

---

(6) *Poesías completas,* ed. cit., CXIV («La tierra de Alvargonzález», III), p. 139.

(7) *Ibíd.,* XCIC («Por tierras de España»), p. 109.
Los ojos siempre turbios de envidia y de tristeza,
guarda su presa y llora la que el vecino alcanza.

(8) *Ibíd.,* CXIV («La tierra de Alvargonzález», III), p. 139.

Ojos que a la luz se abrieron
un día para, después,
ciegos tornar a la tierra
hartos de mirar sin ver (9),

¿no es acaso la mirada del que «se va como había venido», del que toda su vida «come en las tinieblas, sin ver ni conocer el sol»? (confróntese *Ec.*, 6-7). Machado, en su carta a Unamuno, precisa su pensamiento cuando escribe:

> Encuentro muy justificado que usted, tan evangélico, torne a menudo al Viejo Testamento, y que un humanista como usted encuentre inspiraciones en el libro humano por excelencia. Su *Abel Sánchez* es libro precristiano, que usted —el hombre del Cristo en el pecho— tenía que escribir para invitarnos a expulsar de nuestras almas al hombre precristiano, al gorila genesíaco que todos llevamos dentro. Su Caín de usted es, ciertamente, la envidia: el odio a nuestro prójimo por amor de nosotros mismos (10);

reflexiones, a nuestro modo de ver, que sobrepasan con mucho los primeros capítulos del *Génesis*.

Machado precisa cuando habla del *Antiguo Testamento:* libro humano por excelencia. Ahora bien, en su exégesis del *Eclasiastés*, A. M. Dubarle subraya el aspecto particularmente humano de Qoheleth. Examinemos pues los principales aspectos.

Después del tema de los hermanos enemigos, difundido en los diferentes versículos, se dibuja el del *desencanto del hombre*. Las referencias exactas concernientes al desencanto del sabio son bien conocidas, y el poeta, como él, piensa:

que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa.
... ...
con el sabio amargo, dijo: Vanidad de vanidades,... (11).

Menos conocida es la referencia al árbol fulminado: «Y si el árbol cayere al sur, o al norte, en el lugar que el árbol cayere, allí quedará» *(Eclesiastés,* 11-3). Machado, a su vez, evoca la tristeza del árbol abatido:

y ese árbol roto en el camino blanco
hace llorar de lástima (12),

---

(9) «Ojos que miran sin ver»: tópico de las *Sagradas Escrituras*, que A. Machado desarrolla. Cf. *Ibid.*, CXXXVI («Proverbios y Cantares», XII), p. 207.
(10) Citado por MANUEL GARCÍA BLANCO, op. cit., p. 254.
(11) *Poesías completas*, ed. cit., XVIII («El poeta»), pp. 30 y 31.
(12) *Ibid.*, LXXX («Campo»), p. 90.

y cuando, en otro poema, nos hace escuchar la voz del viento y del mar, siempre renovada, nos recuerda que:

Las más hondas palabras
del sabio nos enseñan,
lo que el silbar del viento cuando sopla,
o el sonar de las aguas, cuando ruedan (13),

creemos escuchar a Qoheleth: «El viento tira hacia el sur y rodea al norte; va girando de continuo, y a sus giros vuelve el viento de nuevo. Los ríos todos van al mar y el mar no se llena» *(Ec.,* 1, 6-7). La persecución del viento y la visión obsesiva del agua que discurre, son el *leit-motiv* poético que da su unidad al *Eclesiastés.* Necesariamente, Machado tenía que sentirse chocado por este tema, lleno de angustia delante del momento fugitivo. Encontramos de nuevo la idea en:

¡No mires: todo pasa; Olvida: nada vuelve!
Y el corazón del hombre se angustia.
¡Nada queda! (14).

En 1913, en Baeza, Machado se lanza de nuevo en las lecturas que le recuerdan sus años parisienses, mientras seguía los cursos de Bédier y de Bergson. Después de *Les données immédiates de la conscience* que cita en el *Poema de un día* (15), evoca los bostezos de Salomón:

¡Oh, estos pueblos! Reflexiones,
lecturas y acotaciones
pronto dan en lo que son:
bostezos de Salomón.
¿Todo es
soledad de soledades,
vanidad de vanidades,
que dijo el Eclesiastés?

De nuevo escéptico e irónico, se pregunta:

¿Dónde está la utilidad
de nuestras utilidades?
Volvamos a la verdad:
Vanidad de vanidades (16).

En la misma compilación escribirá todavía:

todo pasa y todo queda;
pero lo nuestro es pasar... (17)

(13) *Ibid.,* LXXXVII («Renacimiento»), p. 96.
(14) *Ibid.,* CXLIX («A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla»), p. 243.
(15) *Ibid.,* CXXVIII («Poema de un día»), p. 188.
(16) *Ibid.,* CXXXVI («Proverbios y Cantares», XXVII), p. 211.
(17) *Ibid.,* CXXXVI («Proverbios y Cantares», XLIV), p. 217.

y más lejos:

¿O ser lo que nunca he sido:
uno, sin sombra y sin sueño,
sin camino y sin espejo? (18).

Todo tiene un límite en el hombre, incluso la razón; y cuando ésta propone:

busquemos la verdad,

el corazón se da cuenta de su inanidad:

Y el corazón: Vanidad.
La verdad, ya la tenemos... (19).

Todas estas reflexiones acerca de los poderes limitados del hombre, acerca de la vanidad de sus deseos, tienen un punto común: hacen abstracción de cualquier intento de explicación metafísica. Desde luego, el *Eclesiastés,* juntamente con el libro de los *Proverbios,* es el libro de la Biblia que menos importancia concede al sentimiento religioso. Sin embargo, en medio del desencanto de la experiencia aparece un rayo de luz más optimista: el trabajo al que el hombre se entrega cada día, la actividad de la que debe tomar su parte sobre la tierra, son al fin de cuentas la verdadera alegría de la existencia. Es pues hacia este tercer tema al que va a dirigirse Qoheleth.

Es precisamente en la acción donde el hombre demuestra su valía: «No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo; y ésta fue mi parte de toda mi faena» *(Ec.,* 2, 10). Además, «por la pereza se cae la techumbre, y por la flojedad de las manos se llueve la casa» *(Ec.,* 10, 18). Machado vuelve a tomar esta idea del trabajo como medio de alcanzar la felicidad más que la riqueza:

La tierra da lo suyo; el sol trabaja;
el hombre es para el suelo:
genera, siembra y labra
y su fatiga unce la tierra al cielo (20).

Que cada cual cumpla con su tarea cotidiana y habrá hecho algo útil: poco importa si las preguntas se quedan sin respuesta:

¿Dices que nada se crea?
No te importe, con el barro,
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano (21).

(18) *Ibid.,* CXXXVI («Proverbios y Cantares», XLV), p. 217.
(19) *Ibid.,* CXXXVII («Parábolas», VII), p. 224.
(20) *Ibid.,* CXXXII («Los olivos», II), pp. 196-197.
(21) *Ibid.,* CXXXVI («Proverbios y Cantares», XXXVII), p. 215.

La recompensa viene de lo que se ofrece al prójimo, al hermano; es el calor humano compartido; es la utilización de lo que se dio, sin intentar descubrir los orígenes, sin querer descorrer el velo:

¿Dices que nada se crea?
Alfarero a tus cacharros.
Haz tu copa y no te importe
si no puedes hacer barro (22).

Tan malo es una reflexión excesiva como un temor excesivo; lo que es necesario es asumir su destino de hombre, pues como escribe Qoheleth: «El que al viento observa, no siembra; y el que mira a las nubes, no segará» *(Ec.,* 11, 4), así ese labrador medio-ciudadano evocado por Machado y que hace todo a medias:

Un poco labrador, del cielo aguarda,
y al cielo teme; alguna vez, suspira,
pensando en su olivar, y al cielo mira
con ojo inquieto, si la lluvia tarda.
... ...
Este hombre no es de ayer ni es de mañana,
sino de nunca; de la cepa hispana
no es el fruto maduro ni podrido,
es una fruta vana
de aquella España que pasó y no ha sido,
esa que hoy tiene la cabeza cana (23).

Vivir es caminar, trazar el camino hasta la muerte, sin curiosidad vana, sin ambición desmesurada, sin deseos de igualar al Creador: «Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano; porque no sabes cuál es lo mejor, si esto o aquello, o si lo uno y lo otro es igualmente bueno» *(Ec.,* 11, 6). La única ley que es perceptible hoy como entonces, es hacer, allí donde la mano de Dios nos ha colocado, lo que esté a nuestro alcance. Por lo demás, «lo torcido no se puede enderezar, y lo incompleto no puede completarse» *(Eclesiastés,* 1, 15). Machado se sirve de la misma imagen para evocar al labrador de las tierras ingratas; por ejemplo, la encina resistente de las planicies batidas por el viento y a la que apostrofa:

brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede
sólo a la ley de la vida,
que es vivir como se puede (24).

(22) *Ibíd.,* (XXXVIII), p. 215.
(23) *Ibíd.,* CXXXI («Del pasado efímero»), p. 193.
(24) *Ibíd.,* CIII («Las encinas»), p. 119.

¿Significa esto la aceptación de una suerte que se nos presenta inicua? Si un fatalismo, diferente del fatalismo pasivo de los musulmanes por la acción que preconiza, se trasparenta a través del *Eclesiastés,* dicho fatalismo se da acompañado de una firme creencia en unas vías, que no por estar ocultas dejan de existir, y que deben conducirnos hacia la revelación del Evangelio. Antonio Machado se hace eco de este fatalismo y sufre del sufrimiento de sus contemporáneos para quienes, como en el *Eclesiastés,* los días no son más que dolor, y el hecho de compartir este dolor no produce más que una gran pena (Cfr., 2, 23). Pero Machado no puede evitar un sentimiento de rebeldía y de desesperación cuando se dirige al dios ibero, cuyas leyes implacables e incomprensibles hicieron de los «abelitas» hermanos enemigos:

Señor de la ruina,
adoro porque aguardo y porque temo (25).
... ...
¡Oh dueño de la nube del estío
que la campiña arrasa,
del seco otoño, del helar tardío,
y del bochorno que la mies abrasa!
... ...
¡Oh dueño de fortuna y de pobreza,
ventura y malandanza,
que al rico da favores y pereza
y al pobre su fatiga y su esperanza!... (26).

Si en este poema vuelven a ser repetidas las metáforas y los símbolos del *Eclesiastés,* parece ser que ello se hace fuera de todo lo que le da riqueza a los libros precristianos, fuera de una esperanza que debe encaminarnos, por una confianza total, a un estado receptivo de gracia tal y como nos lo enseñan los Evangelios. De la misma manera que el héroe de Sartre, Goetz, quiere igualarse a Dios, impulsado por un orgullo desmesurado, así Machado quiere llegar hasta Él apoyándose únicamente en las irrisorias fuerzas humanas que un amor extraordinario al hombre, como el del poeta, no llega a pesar de todo a decuplicar.

Por otra parte, abordamos con este poema un tema desarrollado con insistencia por Qoheleth: el del azar de la retribución. Tal y como lo subraya A. M. Dubarle, Qoheleth «no hace suyas las afirmaciones tradicionales en Israel de una justicia divina que trata a los hombres según sus méritos» (27). Era fácil para Machado trasplantar a los duros campos de Castilla las constataciones desilusionadas y tan-

(25) *Ibíd.,* CI («El dios ibero»), p. 111.
(26) *Ibíd., ibíd.,* pp. 11 y 112.
(27) A. M. Dubarle: *op. cit.,* p. 99.

tas veces repetidas a través del libro sobre la injusticia de la retribución; esto reforzaba los términos del *Génesis* y su visión del drama fratricida que opuso a Caín y a Abel: «Caín, hijo del pecado de Adán, desterronó el páramo virgen; por él se convirtió el paraíso en tierra de labranza» (28). Este pecado pasa de padres a hijos, pues: «Es un capítulo del libro de las Generaciones, o sea del libro del amor del hombre a sí mismo y a su prole, del amor que va de generación en generación, por línea directa, de padres a hijos, sin regresión apenas de los hijos a los padres y sin fraternidad; es el libro de la envidia: Caín y Abel, Jacob y Esaú, José y sus hermanos, etc.» (29). Primero con simpatía, luego con pasión, a nuestro parecer, y esto en el sentido etimológico de los términos, Antonio Machado, sin intentar dar un juicio en vano y acordándose siempre de las palabras del *Eclesiastés:* «tiempo de amar y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra y tiempo de paz» *(Ec.,* 3, 8), va a expresar la incertidumbre desesperada de quien no puede agarrarse ni a la justicia coherente ni a la lógica, y que no ve más que azar por todas partes:

¡Señor, Señor: en la voltaria rueda
del año he visto mi simiente echada,
corriendo igual albur que la moneda
del jugador en el azar sembrada!

¡Señor, hoy paternal, ayer cruento,
con doble faz de amor y de venganza,
a ti, en un dado de tahur al viento
va mi oración, blasfemia y alabanza! (30).

Después del anatema, la acción de gracias:

... Señor!
¡cuánto te bendecirán
los sembradores del pan!
¡Señor! ¿No es tu lluvia ley,
en los campos que ara el buey
y en los palacios del rey? (31).

Este pasaje nos lleva todavía a la jugada de los dados del héroe de Sartre y a su rebelión, aunque sin el orgullo (32). ¿Acaso Machado

(28) Citado por MANUEL GARCÍA BLANCO: *op. cit.,* p. 254.
(29) *Ibíd., ibíd.,* p. 254.
(30) *Poesías completas, ed. cit.,* CI («El dios ibero»), p. 112.
(31) *Ibíd.,* CXXVIII («Poema de un día»), p. 185.
(32) En *Le Diable et le Bon Dieu,* Goetz, el héroe, después de una jugada de dados, resuelve mostrarse tan bueno como Dios; había demostrado anteriormente que podía igualarse con Satanás; pero a diferencia de Cristóbal de Lugo, el héroe que inspiró a Cervantes su *Rufián dichoso,* Goetz edificará su obra sobre un orgullo desmesurado, entregándola irremediablemente al fracaso. El concepto del hombre que se juega la vida o la muerte espiritual sobre una jugada, nos parece aquí como un símbolo existencial.

intenta demostrar a los suyos que sólo el amor verdaderamente evangélico, el que sin duda alguna nos es anunciado por los libros precristianos y que sólo se realizará a través de Jesucristo puede salvar a España y especialmente a Castilla de todos los caínes que no han recibido o que no quieren poner en práctica las palabras del Evangelio? Esto es precisamente lo que parecería querer expresar Unamuno cuando en un artículo del periódico *La Nación* de Buenos Aires, en 1912, evocaba la compilación de *Campos de Castilla*. Respondiendo a los que reprochaban a Machado el terrible canto de la «Tierra de Alvargonzález», escribía, en efecto:

> Mas creo que con esa tremenda aguafuerte, Machado hace un servicio a su patria, además de enriquecer su caudal de poesía, y sé que hago bien con este comentario. La verdad expuesta sin malicia, sin ánimo de ofender, denigrar o afrentar, es siempre beneficiosa. ¿Quién puede negar la terrible verdad de estos versos de fuego de uno de los romances de la *Tierra de Alvargonzález* que dicen: Mucha sangre de Caín...? Y esto es de aquí y de todas partes. De todas partes es la codicia campesina, pero más de los campos pobres, pues la pobreza hace codicioso al hombre. Y la vieja pobreza, la pobreza secular, la heredada de hace siglos, es la que lleva al hombre a la usura (33).

Este juicio de Unamuno es la mejor exégesis que se puede hacer al mismo tiempo del *Eclesiastés* y de Antonio Machado. El uno y el otro se plantean lentamente y con toda claridad el problema del azar, que parece tener la presidencia en los destinos humanos, en esta desigualdad irreductible de la repartición de las riquezas, en el trato de las criaturas y la dificultad infranqueable para el hombre de aceptar los designios insondables de Dios. La inadecuación del destino humano con respecto a los méritos, que se encuentra en «los libros de Job, de los *Proverbios* y del *Eclesiástico*» (34), ilumina despiadadamente en Machado el comportamiento social y humano del labrador pobre de Castilla y da, por contraste, un valor sorprendente a lo que ciertos críticos han venido en llamar el franciscanismo laico del poeta.

Una de las causas de la codicia y de la envidia es la justicia social. Este tema tiene una importancia primordial en el *Eclesiastés*, que no tiene miedo de designar a los príncipes reinantes como opresores y gentes inicuas, no teme tampoco denunciar la simonía, los sobornos, las postergaciones y el favoritismo. De esta manera, los que no son ni buenos, ni sabios, ni laboriosos son los primeros y oprimen a los demás.

---

(33) UNAMUNO: «Campos de Castilla», artículo publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 25-VI-1912, y citado por MANUEL GARCÍA BLANCO, *op. cit.*, p. 288.

(34) A. M. DUBARLE, O. P.: *op. cit.*, pp. 99 y ss. Es preciso ver en ciertas afirmaciones contrarias, que acogen la tesis de la justicia de Dios, unas como interpolaciones debidas a un discípulo deseoso de restablecer la tradición de los Sabios de Israel.

Incluso el mismo sabio se convierte en insensato ante la opresión. El enemigo, el loco, el idiota, el criminal, son los pobres, los débiles del *Eclesiastés*, víctimas que son también defendidas por Machado. Aplica a esas víctimas las antítesis entre los ricos y los pobres, los fuertes y los débiles, «que están llorosos y que nadie consuela» (confróntese *Ec.*, 4, 1). ¿Cómo aceptar una justicia severa, incluso «la severa justicia... que castiga al malo» (35) cuando se ejerce sobre víctimas y cuando deja en su estado despreciable al señorito, al vago, al abúlico, productos degenerados de una sociedad que no lo es menos? Machado, una vez más, parece esperar la respuesta del *Eclesiastés*. Como él *(Ec.*, 7, 16-19), solicita la moderación:

Es el mejor de los buenos
quien sabe que en esta vida
todo es cuestión de medida:
un poco más, algo menos... (36).

De esta actitud nace, en el poeta, la bondad, más que el deseo de juzgar, es decir, de creerse superior. Así lo quiere:

Y fue compasivo para el ciervo y el cazador,
para el ladrón y el robado,
para el pájaro azorado,
para el sanguinario azor (37).

Tal vez también se podría ver en ello una reminiscencia de la alternancia de los contrarios, entrañable al *Eclesiastés:* «tiempo de matar, tiempo de curar; tiempo de destruir y tiempo de edificar» *(Ec.*, 3, 3-4), que tienen todos su lugar y su razón de ser bajo el sol de Dios, «que hace todo hermoso a su tiempo» (Cfr. *Ec.*, 3, 11), invitándonos a no despreciar nada; Machado nos recuerda también esto:

El bueno es el que guarda, cual venta del camino,
para el sediento el agua, para el borracho el vino (38).

¿Acaso no es eso el amor al prójimo? Esa fraternidad franciscana que se desprende de la poesía de Machado parece ser el resultado de una larga meditación acerca de la perversidad y la vanidad del hombre, tal vez acerca de su miseria especialmente, incapaz como es de saciar sus necesidades de infinito y de conservar los pocos beneficios que el trabajo o la herencia le distribuyó «[Dios] ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra

(35) *Poesías completas, ed. cit.*, CVIII («Un criminal»), p. 127.
(36) *Ibíd.*, CXXXVI («Proverbios y Cantares», XIII), p. 208.
(37) *Ibíd.*, XVIII («El poeta»), p. 31.
(38) *Ibíd.*, CXXXVI («Proverbios y Cantares», XIV), p. 208.

que ha hecho Dios» (*Ec.*, 3, 11). ¿Está muy alejada esta fraternidad del espíritu del *Eclesiastés?* La carta a Unamuno está llena de enseñanzas a este respecto:

> Si la envidia es el odio al prójimo por amor a nosotros mismos, ¿qué será la fraternidad?... El amor al prójimo por amor al padre común... con el inmenso amor que sientes por ti mismo —creo leer en Jesús—, ama a tu hermano, que es igual a ti, pero que no eres tú; reconocerás en él a un hermano, pero lo que hay de común entre vosotros es la sangre de Dios mismo, vuestro padre (39).

Encontramos en sus propias poesías un eco de estas meditaciones:

Busca en tu prójimo espejo;
pero no para afeitarte
ni para teñirte el pelo (40).

o todavía:

Enseña el Cristo: a tu prójimo
amarás como a ti mismo,
mas nunca olvides que es otro (41).

La marcha del pensamiento de Antonio Machado es clara; en su búsqueda de Dios, a partir de las meditaciones sobre la envidia del hombre y la vanidad de lo que existe bajo el sol, el poeta percibe una posibilidad de alcanzarle a través de su prójimo y gracias a su amor fraternal por él, pues escribe: «El amor fraternal nos saca de nuestra soledad y nos lleva a Dios. Cuando reconozco que hay otro yo que no soy yo mismo, ni es obra mía, caigo en la cuenta de que Dios existe y de que debo de creer en él como en un padre» (42). Ya no son, ciertamente, las palabras desencantadas del sabio, «bostezando en plena amargura» (43), desesperado de la imperfección de la Razón y de la experiencia que no nos abren los Arcanes. Esta vez se dirige al corazón: «El corazón y la cabeza no se avienen, pero nosotros hemos de tomar partido» (44). Machado añade:

---

(39) Citado por MANUEL GARCÍA BLANCO, *op. cit.*, p. 256.

(40) *Poesías completas, ed. cit.*, CLXI («Proverbios y Cantares», XXXIX), página 287.

(41) *Ibíd., ibíd.* (XLII),. p. 287.

(42) Carta citada por GARCÍA BLANCO: *op. cit.*, p. 257.

(43)

Bostezos de Salomón
... ...
vanidad de vanidades,
que dijo el Eclesiastés?

escribe A. MACHADO. Cf. *Poesías completas, ed. cit.*, CXXVIII («Poema de un día»), p. 188. Y: «Con el sabio amargo dijo: Vanidad de vanidades...», *ibíd.*, XVIII («El poeta»), p. 31.

(44) Citado por MANUEL GARCÍA BLANCO: *op. cit.*, p. 258.

yo me quedo con el piso de abajo; guerra a Caín y viva el Cristo!... (45).

Es precisamente esa impotencia del pensamiento para dar una respuesta, esas limitaciones de una razón «discursiva y dubitante», según expresión de Pedro Laín Entralgo, las que inclinarán a Machado a tomar el partido del corazón que afirma y espera:

Sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad (46).

Laín Entralgo recuerda que el corazón de Antonio Machado, como el de Pascal, no es únicamente la sede de los sentimientos, sino «el fundamento real de la existencia humana» (47). Mientras la razón no concluye nunca porque no puede hacerlo (48), es a través del corazón como creemos y esperamos; por el corazón recibimos la impresión irrefutable de que estamos unidos, fuera del tiempo y de la contingencia, al más allá que será nuestro destino. Mientras tanto aceptemos nuestro papel: «en el día del bien, goza del bien; y en el día de la adversidad, considera, Dios hizo lo uno como lo otro, a fin de que el hombre nada halle después de él», dirá el *Eclesiastés* (7, 13-15). A lo que Machado responde por el famoso apóstrofe al dios ibero, a su país, a todos los que no son sabios más que por la tranquilidad de espíritu que tal sabiduría puede representar, cuando se ejerce en detrimento de las víctimas, que en su desgracia y desesperación se ven agobiadas. Posición cristiana, aunque completamente separada de ese *après soi*, que sólo la fe puede presagiar, y si Machado ha elegido la meditación sobre el *Eclesiastés* es porque, muy a menudo, el libro se queda de este lado de la esperanza, paralizado, en cierto modo, por el método elegido de no pasar más allá de la observación y de la experiencia. Tal y como lo ha hecho notar A. M. Dubarle, «de todas las producciones sapienciales, este libro es el que menos hincapié hace del aspecto religioso. No se encuentra en él, descrita poéticamente, la figura de la Sabiduría, tampoco se leen plegarias. No se hace ninguna alusión a una enseñanza de la que Dios sería el dispensador y que supliría las deficiencias del espíritu» (49). Machado percibe en la perspectiva cristiana los designios del *Eclesiastés:* mostrar al hombre en su apetito de infinito, subrayar la vanidad de todas las cosas, el azar y la ausencia de sanciones, los límites mismos de la sabiduría; sobre el plan moral, ofrece un ideal de buena vida en la que el hombre encuentra su dignidad en el trabajo, en la aceptación de la existencia que se le otorga y el

(45) *Ibid.*, p. 258.
(46) *Poesías completas, ed. cit.*, XVIII («El poeta»), p. 31.
(47) PEDRO LAÍN ENTRALGO: *La espera y la esperanza*, Madrid, 1962, páginas 420-436.
(48) *Ibid.*, p. 229.
(49) *Ecl.*, 7, 11-15.

goce moderado de los bienes que se le dispensan (50). Cuántos paralelismos ha podido establecer el poeta entre estos tiempos remotos y la condición actual de su hermano castellano. Sin embargo, si miramos con más atención, estos paralelismos subrayan la miseria que hace perder al más sabio esta dignidad humana y ese derecho a los bienes indispensables de que habla el *Eclesiastés,* que le priva del fruto de un trabajo agotador. Pero si Machado percibe las limitaciones del testimonio aportado por el libro, entrevé también los diferentes desarrollos a través de todos los tiempos: será necesario rebasar el *Génesis* y la *Historia de José* para comprender que la fraternidad es una de las mayores aportaciones de la Biblia: «Yo no veo en este libro fundamental sino la gran lucha del hombre para crear el sentimiento de la fraternidad que culmina en Jesús» (51).

¿No es pues hacia el mensaje de Jesucristo a lo que nos encamina el *Eclesiastés* haciéndonos constatar la necesidad de otras cosas que ni la tierra ni los bienes visibles pueden concedernos? Es un mérito, escribe A. M. Dubarle, «haber planteado un problema de una claridad deslumbrante, cuya solución faltaba todavía» (52). Esta necesidad se resiente del mismo modo en el *Eclesiastés* que en Machado, a través del desengaño en el primero y de la angustia en el segundo. Este desengaño y esta angustia se nos muestran a través del paso del tiempo y es, a nuestro modo de ver, lo que le da mayor belleza al libro y a los poemas. El *leit-motiv,* vanidad de vanidades, el soplo de los vientos que todo lo arrastran, el regreso cotidiano del sol y esa prefiguración de muerte que es la puesta del sol, la alternancia de las estaciones, la pulsación de la mar, el curso irreversible de las aguas y de los ríos, el tema del árbol fulminado, de la luz y de las tinieblas son, a pesar de todo y tal vez a causa de su sencillez, igual número de evocaciones poéticas, ricas en símbolos, que podrían estudiarse paralelamente en el *Eclesiastés* y en Machado. Huida del tiempo y vuelta a empezar, viento que borra las huellas, olvido que borra la memoria, versículo que comienza en el pasado y acaba en el futuro, presente efímero y fugitivo que intenta unir uno a otro; he ahí, igual número de impresiones eminentemente poéticas, profundamente enraizadas en el corazón y en el espíritu del hombre y que encuentran un eco en el alma del poeta.

Si Machado no ha cesado de buscar a Dios y si su búsqueda parece más ardiente que esa otra, más tímida ante la experiencia, del *Eclesiastés,* no por eso le ha permitido llegar a una certidumbre, capaz de librarle de su angustia. Atraído por el *Eclesiastés* a causa de su con-

(50) A. M. Dubarle: *op. cit.,* p. 98.
(51) Carta citada por Manuel García Blanco, *op. cit.,* p. 254.
(52) A. M. Dubarle: *op. cit.,* p. 122.

tenido humano, no parece haber guardado de él su verdadero sentido. Adolphe Lods se ha aplicado a demostrar hasta qué punto el miedo ante el olvido, la muerte, la inanidad de nuestros esfuerzos ha hecho de este libro, con sus dudas, su desesperación y su cansancio, una de las mejores apologías de la creencia en la vida futura y en las retribuciones de ultratumba (53). Tampoco hemos encontrado entre las alusiones de Machado lo que A. M. Dubarle se ha complacido en subrayar: «ha preparado a los creyentes a conocer la infinidad de bienes guardados por Dios para los que le aman». Todo este contenido, don gratuito de la gracia y del amor para la creatura, Machado parece haber querido, inconscientemente sin duda alguna, reemplazarlo por un sentido más profundo de la fraternidad, recibido a través del *Nuevo Testamento*. Si el poeta ha intentado sublimar al hombre exterior, sometido a las leyes de la corrupción, y renovar al hombre interior, es para llegar, de sublimación en sublimación, a fabricarse un Dios personal, «el Dios que se lleva y que se hace», en cierto modo, para poder albergar dignamente en sí el reflejo de un Dios que jamás ha podido alcanzar por la fe. «El hombre oculto del corazón que se convertirá en otra creatura» (54), según la expresión de Dubarle es otra cosa muy diferente, siendo necesaria la mediación de Jesucristo.

Lo que nos parece que ha atraído a Machado, es por lo tanto ese aspecto «existencial» que puede tomar el *Eclesiastés* para un lector de nuestros días. ¿Es pura y simple coincidencia? Durante la estancia del poeta y de su esposa en París, Renan acababa de publicar el *Eclesiastés*, traducido del hebreo, con un estudio acerca del carácter y de la época del libro, París, 1882. No se puede descartar la posibilidad de que este trabajo, sacando de la oscuridad un libro de la Biblia, mal conocido aunque muchas veces citado, fuese el origen del ensayo de interpretación poética que Antonio Machado nos ha dado. Sin embargo, tal vez era tentador la utilización de la letra en lugar del espíritu, de los símbolos poéticos y religiosos en lugar del sentido profundamente religioso.

Antonio Machado persiste, a pesar de sus esfuerzos, como el viajero que él evoca en su poema:

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
... ...
al andar se hace camino
... ... (55).

(53) Adolphe Lods: *Histoire de la Littérature hébraïque et juive;* París, Payot, 1950, pp. 697-703.

(54) A. M. Dubarle: *op. cit.*, p. 125.

(55) *Poesías completas, ed. cit.*, CXXXVI («Proverbios y Cantares», XXIX), p. 212. Parece que A. Machado parafrasea a Unamuno cuando éste, por boca del

Continúa su camino, ese camino hecho a base de sus propios pasos, de sus propias vacilaciones, elegido por él, fuera de toda predestinación, de toda Providencia divina, de toda incitación de la Gracia (56).

Desde entonces, si Machado, encontrando a Jesucristo en su camino, intenta seguir sus pasos, son los pasos del hombre, del maestro fraternal y no del hijo de Dios. Deja a un lado todo lo que hace el misterio de la revelación, todo el perdón concedido a los hombres a través de los sufrimientos de Jesucristo. Rechaza una vez más al Cristo crucificado (57), para no retener más que el ejemplo, magnífico sin lugar a dudas, pero amputado de su contenido metafísico, el ejemplo de su humanidad.

YVONNE DAVID-PEYRE
Faculté de Lettres et Sciences Humaines de
NANTES (FRANCE)

---

héroe «nivolesco» de *Niebla*, Augusto, escribe: «¿Son nuestros esos pasos? Caminamos, Orfeo mío, por una selva enmarañada y bravía, sin senderos. El sendero lo hacemos con los pies, según caminamos a la ventura». (Ed. Aguilar, Madrid, 1951, p. 95.)

(56) Nos conduce dicho concepto al tema de la esperanza. Nos referiremos a PEDRO LAÍN ENTRALGO y a su libro *La espera y la esperanza*, en que el asunto viene tratado con mucha profundidad, y a JOSÉ LUIS ARANGUREN: «Esperanza y desesperanza de Dios en la experiencia de A. Machado», CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, 11-12 (1949), pp. 383-392.

(57) Laín Entralgo nos lo recuerda, al situar a A. Machado en relación con el cristianismo, por una parte, y con los descreídos, por otra:

> La última creencia religiosa del hombre descreído ha mostrado doble forma: o los mortales han creído ser Dios (así los secuaces de Hegel), o se han sentido capaces de crear a Dios, como Scheler y Antonio Machado. Pero esta última creencia del hombre secularizado no puede durar mucho, y a la postre, no le queda sino un alma finita y anhelante de milagro:
>
> *no puedo cantar ni quiero*
> *a ese Jesús del madero,*
> *sino al que anduvo en el mar!*
>
> grita vencido este pobre hombre en sueños que por un momento pudo sentirse creador de dioses.

(*Ejercicios de comprensión*, Madrid, Taurus, 1959, «Dios en Antonio Machado», p. 187.)